

Estudio introductorio

La Amazonia en la literatura boliviana

Claudia Bowles Olhagaray*

De la capital de Beni o Trinidad de Mojos al pueblo de Reyes, hay 100 leguas por tierra y agua con caminos cómodos. Existe también otra ruta desde el pueblo de San Borja en Mojos por la misión Chimanes, hasta Santa Ana de Mosetenes, situada a la margen del río Beni y a 62 leguas de Reyes, distando asimismo 51 leguas de la Capital de Yungas, ruta que hizo reconocer el Corregidor de San Borja en compañía de doce chimaneses [sic] que bajaron por el río Beni hasta Reyes y que no ofrece inconveniente alguno para abrir un buen camino para el cómodo tráfico de los comerciantes de ambos Departamentos...

De las Exploraciones de José Agustín Palacios Pinto efectuadas en el año 1844 (citado en *Arreando desde Mojos*)

Bolivia padece de insularidad, encerrada entre sus montañas, por un lado, y los llanos infinitos como un océano de esmeralda, por el otro. De ahí que su literatura sea tan desconocida en el exterior. Siringa, de Juan B. Coímbra [...] logró consagración internacional cuando en el año 1943 fue distinguida en el concurso literario panamericano convocado por la editorial Farrar y Rinehart de Nueva York. Obtuvieron el mismo galardón, en esa oportunidad, nombres que luego han tenido consagración permanente como Jorge Amado, del Brasil, y Osorio Lizarazo, de Colombia.

Mariano Baptista Gumucio (Prólogo a la 2.ª edición de *Siringa*, 1974)

EL DESCONOCIDO TERRITORIO DE MOJOS Y LA DICOTOMÍA BARBARIE-CIVILIZACIÓN

Rodolfo Pinto Parada, autor de una de las obras publicadas en este volumen, da fe con su cita de lo que lo ocupa y preocupa: la existencia de caminos que vertebran al Beni internamente y con el resto del país, en una natural concepción de la comunicación terrestre como punto de despegue hacia el desarrollo integral. Mariano Baptista, por otro lado,

* Licenciada en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Docente de literatura hispanoamericana, teoría y crítica literaria y semiología. En la producción de los Bolsilibros (2004 y 2007) de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno y *El Deber*, junto a Ma. Pía Franco, estuvo a cargo de la antología de narrativa cruceña contemporánea y de la obra de Alfredo Flores. Elaboró la edición crítica de las obras de Raúl Otero Reiche, Roberto Echazú y Germán Coimbra Sanz.

en un comentario a propósito de la primera edición de *Siringa*, define a este país por su insularidad. Este será uno de los elementos de fondo que vincule temáticamente ambas obras: el aislamiento que la región de Mojos –que constituye gran parte del departamento de Beni– ha mantenido respecto al país.

Esos “llanos de esmeralda” a los que alude Baptista son justamente el contexto en el que se desarrollan las historias contadas en estas dos importantes obras. Esos verdes mares, serpenteados por ríos enormes, poderosos y a veces infranqueables, con sus temidas cachuelas.¹ Y atravesando los dos relatos, otro gran tema aún latente en nuestra historia literaria: la violencia histórica y las respuestas a esta violencia a veces impune, la dicotomía civilización o barbarie. El sostén primario de estos relatos es la manifestación de la naturaleza, silenciosa, impersonal, primaria. Y frente a ella, la presencia del hombre, civilizador y, no obstante, igualmente violento.

A los autores los movía la necesidad de plasmar en palabras lo que apenas se empezaba a entender y comunicar en los hechos. Concluyendo el siglo XIX, Bolivia aún desconocía gran parte de su propio territorio. Llegaría este desconocimiento hasta la mitad del siglo XX. La falta de vías terrestres transitables impedía además el transporte de los insumos que cada región necesitaba o producía. Los agricultores, ganaderos e inversionistas de entonces verían fracasar una y otra vez sus esfuerzos por contribuir con la economía nacional, arruinando incluso sus propias economías familiares, como se verá en la obra de Pinto Parada. Sin embargo, la esperanza del enriquecimiento inmediato y el espíritu emprendedor atribuido a la idiosincrasia regionalista –en el caso de *Siringa*–, así como el deseo de engrandecer la patria –en *Arreando desde Mojos*– acicateaban a estos hombres para enfrentar lo desconocido y arriesgarlo todo. Frente a ellos, la naturaleza es concebida como esas “inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre”, como destaca Carlos Fuentes acerca de la novela *Canaima* de Rómulo Gallegos (Fuentes, 1997: 97).

Las palabras de Mariano Baptista Gumucio, en un comentario que acompaña a la segunda edición de *Siringa*, refieren a esta epopeya boliviana que, no solo por las características de los eventos narrados sino por el discurso que instala, constituye una referencia ineludible del notable aporte de Coímbra a la literatura, la historia y la sociología, así como a la construcción de una perspectiva acerca de lo nacional. Estas arriesgadas incursiones al noroeste boliviano –lideradas por siringueros,

1 Cachuela: del portugués *cachoeira*, cascada pequeña y pedregosa.

inversionistas, aventureros y, entre todos ellos, cronistas– configuran en cierto modo la forma de narrar la historia y la ficción nacional, el discurso acerca de lo nacional, ampliando lo realizado por los escritores del resto del país hasta entonces.

La intención obedece a una preocupación análoga de la escritura literaria, dominante en esta época de la historia de Bolivia, producida tras la Guerra del Chaco. Una búsqueda interior se hacía imprescindible para comprender al hombre beniano, cruceño –oriental en suma– que, a su vez, empezaba a ubicarse de otra manera en el devenir político y social de la nación. Ello se realizaba en gran medida a través de la crónica periodística y del registro histórico de la guerra y la posguerra, pero también de la ficcionalización de lo real.

En el caso de *Siringa*, se haría mediante la indagación en las distintas subjetividades –a través de los personajes– que confluyen en ese prolongado viaje que constituye el relato. Porque no solo era necesario conocer al hombre, sino –a partir de él– a este significativo período de la historia del país que configuró una manera de hacer en la relación con la tierra, con la sobrevivencia en un medio aún desconocido y en circunstancias que extrajeron, además de la rica savia gomera, lo peor de la condición humana, pero también lo más heroico.

Esta minuciosa crónica opera como desciframiento y construcción, cual posibilidad de comprensión de una parcela del mundo desde la mirada del viajero que se va lentamente incorporando a ese espacio y a la inversa. Pero también se construye sobre la base de la descripción e interpretación –muy poética, por cierto– del transcurrir diario de este grupo de hombres de pueblo en su aproximación a la selva. Salvo en escasos pasajes, la obra tiene un espíritu más referencial que novelístico, aunque el tenor poético de la escritura de Coímbra marca una distancia con la realidad objetiva, como cuando se refiere al río Mamoré llamándolo “El Padre”: “En la margen izquierda del coloso, siempre turbio y encrespado y arrastrando siempre raigones y bagazo, entre palmeras y naranjos y plagada de mosquitos, estaba la garita del oficial” (pág. 128),² y en otros lugares: “Los remos roncaron y la rancia población, que vivía en nuestras charlas desde hacía años, se hizo visible por entre el azuloso vapor fugitivo. Allá a lo lejos, los cuerpos se alejaban de su materialización, convertidos en alas abiertas... Ingrávido el volumen de los árboles” (pág. 172).

Por otra parte, pese a que la época y los sucesos observados y vividos podían ser sometidos a una mirada crítica –desde la sociología, por

2 Nota de los editores (NE): la paginación corresponde a la presente edición.

ejemplo—, a Coímbra no le interesa llevar a cabo esa tarea, sino más bien mostrar la paradigmática hazaña realizada por los futuros colonos. Así, de manera muy sutil y en escasos pasajes, se referirá a un episodio de la historia regional muchas veces cuestionado:

No hay para qué detenerse en patentizar el desenvolvimiento de los reenanches que, por los métodos fraudulentos e ignominiosos que emplearon algunos agentes, llegaron a la más tenebrosa celebridad. Se reclutaba hasta entre los párvulos y se robaba los sirvientes. Pero esto no era lo malo, sino la forma violenta y atentatoria con que después se procedía a conducirlos. Y no queremos describir tales cuadros, pues comprendemos que semejantes fenómenos sociales se han repetido siempre, donde quiera que habiéndose descubierto riquezas extraordinarias se haya requerido imperiosamente el aporte del brazo humano para su explotación (pág. 61).

CALLE DEL BENI, POR DONDE SE VA Y NO SE VUELVE

Siringa retrata el viaje de un gran contingente de exploradores de la goma desde Santa Cruz hasta las inmediaciones de los ríos Iténez, Mamoré, Beni, Madre de Dios, Orthon, etc., en la región tradicionalmente conocida como Mojos. Ya desde 1860, cruceños interesados en explotar el producto del árbol de la siringa, abundante en la región, lo habían hecho en proximidades del río Madera; pero el tratado de Melgarejo (conocido oficialmente como Tratado de Ayacucho, 1867), que cedió territorio del Acre a Brasil, los forzó a retirar sus barracas y dirigirse a zonas más occidentales. Entre 1870 y comienzos del siglo xx, se desarrolló la llamada “epopeya de la goma”, que fue en principio un emprendimiento de carácter estrictamente privado: exploradores de varias regiones del país, especialmente cruceños y paceños, fueron instalándose por donde se encontrara el generoso árbol de la *hevea brasiliensis*, el árbol del caucho, dejando como signo de su paso por allí una serie de barracas o centros de acopio y distribución del producto.

Para la historia de Bolivia esta actividad intensiva fue particularmente importante pues, a medida que los establecimientos crecían y se formalizaban, también nacían poblaciones de diversa importancia: Cachuela Esperanza (1882), Riberalta, Villa Bella, Guayaramerín (1884) y Puerto Alonso (1899), junto a otros establecimientos menores. Huelga decir que muchos de ellos hoy están reducidos a caseríos o totalmente abandonados. Por su parte, el gobierno central, atendiendo algo tardíamente estas actividades, estableció en 1884 una aduana en Villa Bella y las llamadas Delegaciones Nacionales (por la ley de 1890 que se hizo efectiva en 1893).

Ahora bien, la escalada gomera no puede entenderse al margen de la amplia movilización social que implicó: se ha calculado que entre 1860 y 1910 unas 80 mil personas salieron de Santa Cruz rumbo a las ya míticas tierras del noroeste, el legendario Mojos, tras las prometidas riquezas. Esta histórica movilización se asentaba en un hecho económico tangible, más allá de las leyendas que luego se tejerían sobre este otro Paitití: la cotización de la arroba de goma había pasado de entre 20 y 25 bolivianos, en 1880, a 40 bolivianos en 1900 y llegó hasta los 60 bolivianos hacia 1905. Estas cifras se relacionan con las estadísticas de las exportaciones bolivianas: de ser la goma un 2% del total en 1890, pasó a ser un 49% para 1898.

La actividad de la extracción de la goma convocó a grandes contingentes de arrojados aventureros. La mayoría de ellos no regresaba, ya porque se establecieron en aquellos lugares, ya porque, según su oficio, dejaron la vida allí mismo. Las riquezas alcanzaron a pocos y, aunque en grandes cantidades, se trataría de riqueza efímera. De allí surgieron los nombres que hasta hoy resuenan como grandes magnates, los llamados “barones” de la goma: Nicanor G. Salvatierra, Nicolás Suárez y Hnos. y los propietarios de The Orton Rubber Company Ltda. (fundada en Londres por Antonio Vaca Díez) son algunos de los potentados que concentraron los capitales obtenidos por la explotación y comercialización de la goma.

De esta forma nació la “cultura siringuera” (Barnadas y Coy, 1977: 6), fielmente descrita por Juan Bautista Coímbra en su obra. Este régimen de vida iniciaba en Santa Cruz, donde el personal era contratado. Tras largas y penosas travesías por ríos y caminos peligrosos, los peones eran ubicados en las distintas barracas. Las condiciones de trabajo no eran, de hecho, apropiadas. La productividad se medía de acuerdo a la entrega de “bolachas” (la blanca resina solidificada a fuego); al completar la “cuota” se entregaba al puerto o empresario de la barraca. Tras el pago, no era infrecuente incurrir en lapsos de jolgorio en los que los trabajadores solían agotar lo poco acumulado. La temporada de trabajo se repetía y así, cíclicamente, sin mucha evolución o ascenso social en la mayoría de los trabajadores.

Las poblaciones de actividad gomera involucraban a una variada y amplia gama de ellos: fleteros, rescatadores, remeros, abarroteros, agentes extranjeros, etc. Por fuera de lo visible, quedaba la escoria, como resaca que lanza la marea: indios afiebrados, mutilados y tuberculosos sin otro futuro que la misma muerte (*ibid.*: 7). Este es, en breve síntesis, el contexto en el que ocurrirán las historias relatadas por Juan Bautista Coímbra.

Por su parte, Santa Cruz vivió, según el autor, una encrucijada de vida o muerte: “El pueblo cruceño, alegre y cristiano, hecho a la molicie,

de pronto se encontró abocado a un problema que puso a prueba su temperamento. Era la encrucijada de la vida y de la muerte” (pág. 59). Para fines del siglo XIX, la vida en esta aún aldea transcurría serena pero con limitaciones y carencias de las que, en cambio, no padecían otras regiones del país, más desarrolladas debido a actividades como la minería:

Santa Cruz de la Sierra, ciudad fundada por los más temerarios conquistadores, alimentados de carne como los pastores de la Sierra Morena, fue un pueblo de lanzas y arcabuces, un pueblo guerrero y conquistador. El transcurso de tres y medio siglos de paz le hizo volver los ojos a la tierra, tornándolo agricultor. Y alimentado ya de frutas se convirtió en pueblo nocturno, en el pueblo de las guitarras y de las coplas (*idem*).

Pero el valor y la diversión podrían convivir, diría el autor, apelando a la metáfora “lanzas y guitarras, siempre han podido entrar en el mismo cuadro” (*idem*), anunciando así lo que sería la reacción y la naturaleza de esta empresa que empezaba a nacer:

Hombres dotados de coraje y penetración y, sobre todo, de ambiciones: hombres en cuyas venas, si se había dormido, no perdió jamás su impulso la sangre celtibera, reaccionaron como era de esperar. Y estimulados por los nuevos ricos, por esos gomeros que andaban con la fábula a flor de labio y su fama bien pagada de “hombres”, se aprestaron lo mejor posible para marchar rumbo a lo desconocido (*idem*).

Rogers Becerra Casanovas, en su columna del 21 de enero de 1996 llamada “Lecciones para estudiantes”, de la revista dominical “Extra” del diario *El Deber*, grafica de esta manera el perfil de la época concreta y su relación con el proceso que mucho después se convertiría en novela:

Tras la noticia del descubrimiento del “oro negro”, allá por 1869, su importancia industrial en todo el mundo y el elevado precio de esa substancia que crecía en abundancia sobre los ribazos de los ríos amazónicos, hizo que muchos empresarios bolivianos acometieran el propósito de explotar la goma elástica. A partir de ese suceso, las puertas de Mojos quedaron abiertas a dicha extracción y comercio, que pronto se redujo a “poderío económico, libras esterlinas, derroche, impunidad, influencia política y social”. En pos del apetecido vegetal, acudieron a la selva de su imperio diversas caravanas de exploradores. Los ríos Mamoré, Beni, Madre de Dios y Madera eran navegados por hombres de esfuerzo y audacia, que formaron la masa vívida de la región. “Abogados, comerciantes, agricultores, universitarios” cruceños corrieron hacia la siringa “como atraídos por una fuerza irresistible”. Entre estos, en 1896, estuvo Juan Bautista Coímbra Cuéllar, apenas obtenido el título de Bachiller en ciencias y letras, en el colegio Episcopal de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra.

Es probable que el propio autor hubiera sucumbido a ese encanto peligroso, seductor, en el que se había convertido esta casi legendaria actividad. Pero –como podemos ver– no para convertir la experiencia en una forma de vida y enriquecimiento nada más, sino, por el contrario, para documentar esta travesía una y otra vez a manera de notas personales, crónica íntima que luego sus descendientes convertirían en novela histórica.

Jorge Coímbra Ojopi, noveno hijo del autor, proporciona datos al respecto:

Mi padre era un adolescente de 16 años de edad cuando conoció y recorrió el teatro gumífero [sic] beniano en busca del ansiado árbol de la goma elástica, que “improvisaba fortunas de la noche a la mañana”. En consecuencia, la época histórica del noroeste boliviano está descrita en las páginas de *Siringa*, “con todas sus grandezas, todo su heroísmo, toda su barbarie y su magnificencia salvaje”, al decir de Fabián Vaca Chávez, en el prólogo que le escribió. Pero la manifestación decisiva de *Siringa*, hecho libro, fue de mi hermano Gil, que en 1941 llega a Magdalena acompañando a nuestra penúltima hermana, Rogelia, que acaba[ba] de egresar bachiller del colegio Inglés Católico de La Paz. Encuentran a mi padre con la idea de plasmar sus recuerdos de tantos años sacrificados en el inmenso y verduzco murallón del bosque silencioso, que era la selva virgen del noroeste boliviano durante el auge de la goma. Había iniciado los apuntes, encontrándose en su pequeño rancho agro-industrial, “San Rafael”, de la provincia Iténez. Rogelia, que ya fuera dactilógrafa profesional, comenzó a escribir lo que papá le dictaba (recorte de periódico, sin referencia, en el álbum familiar de Jorge Coímbra Argiro, nieto de Juan B. Coímbra).

De esta forma, llegada ya la madurez y la serenidad que el paso del tiempo suele permitir, Juan Bautista Coímbra, colaborado por su hija, se dispuso a organizar este relato. Nada hacía suponer que poco tiempo faltaba para que el autor falleciera y su obra tendría que publicarse póstumamente.

DE LA ACCIÓN A LA ESCRITURA POÉTICA

Siringa es una obra en la que el autor participó de manera directa. Protegido tras el nombre de uno de los personajes, logra distanciarse de manera adecuada para, además, enunciar desde la voz del narrador. Muchos años pasaron entre los hechos sucedidos y el momento en que el autor se decidió por la narración. Entonces se produjo el efecto de transformar un hecho, en el sentido fáctico, en un hecho literario que cuente con suficientes elementos literarios como para concentrar su valor en este aspecto.

Siringa está organizada como una sucesión de cuadros o episodios relativamente autónomos que coinciden, en términos de estilo e ideología,

con la perspectiva del costumbrismo aún vigente en la primera mitad del siglo xx en muchos escritores de nuestro país. Pero, dada la naturaleza de los hechos –el relato de un viaje de varios años por innumerables lugares aún desconocidos y de difícil acceso–, la obra logra un efecto unitario. De hecho, la obra no es una novela en sentido estricto, y no porque esté sustentada en una realidad tangible, que muchas así lo han sido; sino porque al asumir el autor la intención de “asentar” a la manera de la crónica o la historia los acontecimientos, con especial apego a la fidelidad de los sucesos, prescinde de lo “novelesco”, optando por lo referencial, por lo informativo. Es probable que lo aliente un sentido de la responsabilidad para con la realidad, el lector y la misma posteridad de la región. No era poco frecuente que esto ocurriese. Era más bien parte de un momento de la literatura nacional, que consideraba al escritor una suerte de vocero de la problemática social, económica e histórica. Ya lo había dicho acusadoramente Pedro Shimose, cuando se refería a la literatura boliviana de la primera mitad del siglo xx describiéndola como “provinciana de forma y anacrónica de contenido” (1983: 35).

Ha sido frecuente en las literaturas regionales que el escritor se apoye en la descripción de las costumbres vernáculas como base de sus narraciones. Tal como dice Castañón Barrientos, “la narración es de corte realista, de copia fiel de lo que se ha visto y se ha vivido por el narrador”. Y se pregunta “¿hay tremendismo en las páginas escritas por Juan B. Coímbra? ¿Hay deseo premeditado de mostrar los hechos como si ocurriesen en un lugar infernal y horripilante?” (1984: 140 y 141). No se puede obviar que *Siringa* incluye el relato autobiográfico de las primeras impresiones y experiencias de un joven cruceño lanzado, como muchos otros, a la aventura de la goma. Por ello, no es previsible encontrar un relato totalizador de lo que fue esta máquina febril. Es necesario considerar, como hacen Barnadas y Coy (1975: 7), que probablemente su extracción social y sus vinculaciones –es decir, su lugar en la sociedad del momento y en el grupo del que él mismo formaba parte– condicionaran su perspectiva. De este modo, su mirada hará hincapié en el sesgo “heroico” y “civilizador” de los protagonistas y de sus acciones, de toda esta tarea por más de uno llamada “epopeya”.

No es casual que ello suceda así. Hasta bien entrado el siglo xx, los escritores bolivianos fueron elemento importante en las actividades políticas partidarias y, a menudo, alternaron el desempeño de las funciones políticas o diplomáticas con la esporádica escritura de ficción. Salvo contadas excepciones que corresponden a autores que vivieron largo tiempo fuera de Bolivia, las letras nacionales del siglo xix y principios del siglo

xx están contaminadas por la política. Y aunque Coímbra se decantó más bien por actividades culturales una vez establecido en aquella región, prima en él una mirada informativa, descriptiva, que parece coincidir con la intención de mostrar un gran suceso a un público en general, pero también un hecho cuya intención política es tomar posesión de un territorio y hacerlo en calidad de ciudadano colonizador, en ese afán y necesidad de época de “desencantar” la tierra, poblarla.

Por ello, su palabra es a la vez serena pero elogiosa; y, como tal, está destinada a decorar la superficie sociocultural de una clase (Zeraffa, 1973: 90). Por ello, el narrador –testigo y protagonista de las vicisitudes de este periplo– no vacila en describir la valía y destreza de este pedazo de pueblo nómade: los siringueros y reenganchados que, con sus deseos y ambiciones, llevan también algo de progreso y trabajo a una región con escasa presencia del Estado.

Coímbra no busca solamente mostrar un medio y una naturaleza tal como él los ha visto, tal cual se presentaron a sus ojos. El monte no es una mera aglomeración vegetal; es una realidad compleja. Y es, también, la transformación de este hombre de pueblo que llega al monte y experimenta mutaciones irreversibles. Por otra parte, el género narrativo ha operado a menudo mostrando una sociedad en construcción, que busca garantías de cohesión en un sistema económico precariamente instalado, entonces, en la elaboración y consumo de bienes materiales.

La escritura es, por otro lado, gesta épica literaria. La de narración, gesto épico. Y ello porque, más allá de las dificultades naturales de la escritura y de lo narrado, por lo menos en este caso, la operación de poner en palabras estos hechos se constituye en un accionar fundante de los elementos constitutivos del ser nacional a partir de una región y de un momento económico e histórico.

Varios comentarios y reseñas indican que la obra *Siringa* fue impresa por primera vez en 1946. Sin embargo, cabe aclarar que Fabián Vaca Chávez data en 1942 el comentario que, a manera de prólogo, aparece en la segunda edición de 1974 y que también fue incluido en la primera. Y, por otra parte, Raúl Botelho Gosálvez data también en 1942 el comentario final que aparece en la segunda edición y que se incluyó, igualmente, en la de 1946. Por tanto, es posible inferir que ambos comentarios fueron escritos de forma previa a la primera edición, en coincidencia y como homenaje a la muerte del autor, ocurrida en septiembre de 1942.

ORGANIZACIÓN Y PERSPECTIVA NARRATIVA EN SIRINGA

La obra es una suerte de fresco histórico y sociológico del hombre inmerso en la selva, pues se ocupa del medio que lo rodea, su vida, sus costumbres y algunos hechos anecdóticos. Coímbra narra a lo largo de más de una treintena de fragmentos (cuadros descriptivos), agrupados en tres partes, lo sucedido desde la partida de Santa Cruz de la Sierra hasta la llegada de reconocimiento a las enormes y míticas tierras de Mojos. Fragmentos que, claro está, constituyen un “todo” narrativo, equiparable a una crónica novelada que recibe la memoria de todo lo que observan y conocen los componentes de un grupo de “enganchados” que han ingresado a Mojos desde Santa Cruz, montados en frágiles lanchas y siguiendo el curso de los ríos benianos San Miguel, Baures, Iténez, Beni, etc., afluentes todos del río Madera y del Amazonas.

Las primeras palabras del narrador nos ubican en lo que será el eje temático que la obra apunta a ilustrar: el descubrimiento de la *hevea boliviana*, su explotación, comercialización y, de hecho, todos los acontecimientos que se suscitan alrededor de ello. Los recorridos desde la región de Santa Cruz hasta la de Mojos son referidos bajo la forma de “relato de viaje”, en tres grandes partes llamadas “Reenganches en Santa Cruz”, “El gran Mojos” y “El mito de la siringa”, además de un brevísimo epílogo:

En enero de 1896 se alistaron en Santa Cruz de la Sierra tres empresas de conquista conducidas por patrones felizmente ya experimentados, que gozaban de confianza por el buen trato que daban a su personal. Comandaba una de estas empresas el Dr. Feliciano Antelo, abogado [...]. La otra, don Ramiro Justiniano, estudiante de medicina [...]. La tercera, otro joven, don José Hurtado Justiniano que, como los anteriores, era un espíritu inquieto y emprendedor [...]. Acompañaba a este último su hermano Mauro, de 23 años, talludo, de espesas cejas negras y una temprana voz grave. Carácter impulsivo. Testarudo y temerario (pág. 64).

Esta primera caracterización de las comitivas nos muestra un complejo de personalidades y profesiones, lo que da cuenta del interés y la necesidad de llegar a este aún ignoto lugar con todos los recursos humanos para acometer esta suerte de conquista de la selva beniana –retratada muchas veces como imponente catedral verde, infestada por bichos pero también por maleficios, atravesada por ríos caudalosos– de manera óptima. Y en el centro de ese enorme paisaje estaba el “cauchero”, el explotador de la goma, obsesionado por hacerse con la riqueza de este insumo que, en el momento que la obra retrata, generaría enormes riquezas.

Breves relatos que se aproximan al cuadro de costumbres, con cierta autonomía interna, van reconstruyendo el recorrido de un variado grupo de hombres desde la partida de Santa Cruz hasta la llegada a Cachuela Esperanza, Villa Bella, etc. Cómo se llegaba por tierra y ríos, hasta las tierras de Mojos, en la primera parte. Mojos, la tierra del caucho, llena de poblaciones establecidas a la vera de los incontables ríos, la presencia de las avanzadas civilizatorias y conquistadoras del pasado y de ese momento de auge económico, constituyen la segunda parte. Pero también aparece el registro de la presencia de los grupos indígenas aún poco contaminados por las sociedades occidentales, unos más reticentes que otros a aceptar la presencia del hombre blanco:

Los salvajes que poblaban esta zona (sirionós, yaminahuas y chapacuras) constituían agrupaciones primitivas, tribus nómadas de vida vagabunda cuya única preocupación era satisfacer por cualquier medio su subsistencia, buscándose arriba y abajo los elementos de su nutrición. Por eso eran peligrosos. Cuando llegaba para ellos la estación de los peces, infestaban la orilla de los ríos poblando las umbrías de espinas de pescado y esqueletos de caimán. Agotado este recurso, dirigían las flechas hacia los animales del monte o la cacería de aves, que abundaban en tales o cuales sitios. Luego gustaban nutrirse de frutas y entonces se trasladaban a la región de los árboles frutales. Por este imperativo, tales bárbaros llevaban una vida errante. No cultivaban la tierra como los mojos. Eran belicosos y sanguinarios (pág. 68).

Como se puede ver, la percepción sobre los indígenas corresponde a la época del ojo civilizador: desde el vocabulario utilizado para nombrarlos (salvajes, primitivos), con todas las connotaciones que ello implica, hasta la descripción misma, sancionándolos como belicosos y sanguinarios. Se justifica esta actitud como una reacción ante la imposibilidad de entender al otro con sus propias características, y a esas reacciones agresivas como la respuesta natural de defensa ante la llegada de un extraño, a su vez violento e invasor.

En la tercera parte, “El mito de la Siringa”, Coímbra se ocupa de describir la forma de aprovechamiento de este curioso y hoy ya olvidado recurso natural, gracias al cual ingresaron enormes cantidades de divisas por concepto de exportación, con el subsiguiente desarrollo de la región, el más destacado de toda la historia del noroeste boliviano, solo comparable, salvando las distancias, al que viviera Potosí en épocas de la Colonia y luego al gran período de extracción del estaño en el occidente.

La travesía da cuenta de un lapso de seis años, los que además corresponden a la transición del siglo XIX al XX, de 1896 a 1902. De hecho, de la siringa se había sabido ya en la década de 1860, y la reacción colonizadora se produjo muy pronto.

CONTEXTO SOCIO-HISTÓRICO DE SIRINGA

La Guerra del Acre fue un conflicto limítrofe y bélico entre Bolivia y Brasil, cuyo desenlace afectó también territorios en disputa con el Perú. El conflicto tuvo dos fases desarrolladas durante el periodo de 1899 a 1903, en el que se disputó el territorio del Acre rico en árboles de caucho y yacimientos auríferos. Considerando la importancia de la explotación del caucho en el período narrado por Coímbra en *Siringa*, es sencillo comprender lo determinante que sería cualquier resolución no favorable a Bolivia en términos geopolíticos y económicos. Concluyó con la victoria de Brasil y la consecuente anexión de los territorios sobre los que Bolivia argüía soberanía.

La región del Acre poseía ricos yacimientos auríferos y abundancia de recursos madereros, principalmente del árbol de caucho que, a finales del siglo XIX y casi mediados del XX, fue muy importante para la industria del automóvil y el transporte, puesto que la goma sintética para la fabricación de ruedas y otros objetos no fue descubierta hasta prácticamente la Segunda Guerra Mundial. Por eso, a aquella contienda se la suele llamar La Guerra del Caucho, ya que uno de los motivos por los cuales se movilizó el gobernador Torres del Amazonas fue el impuesto determinado a las exportaciones de caucho.

La extensión territorial de Bolivia era significativamente diferente antes de producirse el conflicto del Acre. Bolivia, desde 1867 y hasta 1903, detentaba unos 253.242 km² del territorio del Acre, región a la que se conoció como Territorio de Colonias.

El conflicto militar del Acre vivió su momento más álgido entre 1902 y 1903, pero comenzó realmente en 1899 con el primer levantamiento secesionista en Puerto Acre, mientras el país vivía la guerra civil en altiplano y valles. Se trataba de conflictos que, desarrollados en dos regiones distantes e incomunicadas, afectaban sensiblemente al país.

Su origen se relaciona con las diferencias de límites con el Brasil, y junto a ello –pues la ubicación es determinante–, la importancia económica de la goma para el país. Pero existe también un antecedente, crítico para el destino nacional, que fue el tratado de 1867 firmado por el presidente Mariano Melgarejo, el cual marcó los límites binacionales entre la confluencia del Mamoré y el Beni. Con ello cedía soberanía sobre el río Madera (principal acceso boliviano al océano Atlántico en el norte) y una línea hasta las desconocidas nacientes del río Yavarí.

SOBRE JUAN B. COÍMBRA Y SU OBRA

Abundantes son los comentarios sobre la obra y vida de Juan B. Coímbra, tanto a raíz de su muerte como cuando se publican la primera edición de *Siringa* (1946, La Paz: Editorial Cruz Del Sur) y la segunda comentada (1974, La Paz: Ediciones Puerta del Sol), durante la década del setenta.

“La siringa, símbolo de riqueza y muerte” de Carlos Castañón Barrientos (*De Letras y Letrados*, 1984), “Un libro epopéyico y con sombrías denuncias” de Gerardo Coímbra Ojopi (*Presencia*, 15 diciembre 1974), “Los Coímbra y su aporte a la cultura y el arte” de Germán Vargas Martínez (*Presencia*, 15 de enero de 1975), “Significación del Beni en la cultura y en el futuro de Bolivia” de Eduardo Ocampo Moscoso (*Presencia*, s.f.), “*Siringa* o la epopeya del hombre beniano” de Mariano Baptista Gumucio (prólogo a la edición de 1974), son algunos de los artículos publicados en diarios o en antologías que ponderan y reconocen de manera unánime el valor literario e histórico de la obra en cuestión.

El 23 abril de 1989, en el suplemento literario de *Presencia*, Castañón Barrientos elaboró una lista de novelas publicadas hasta 1960 que, en su concepto, eran las más representativas de la literatura boliviana (en la misma incluyó, sin discusión respecto a su pertenencia al género novelístico, a *Siringa*). De esa lista en general destaca “la inquietud social que late sin cesar en la entraña misma de dichas novelas demuestra que ellas han brotado en un país pobre, atrasado y repleto de injusticias”. Así, afirma que *Siringa* contiene:

[...] los apuntes, galanamente escritos, de un pionero cruceño metido hasta el cuello en las tierras gumíferas, del noreste, en pleno cruce de los siglos XIX y XX. Hasta este último y alucinante rincón del mundo han llegado gentes de las más diversas nacionalidades, a conquistar la riqueza que nace del maravilloso árbol de la siringa. Es dura y desigual la lucha que libran los hombres con la selva, los ríos, las enfermedades y las alimañas del monte. La tensa obra fue escrita bastantes años antes de su publicación.

Germán Vargas, en un artículo dedicado a un grupo de pensadores y escritores de la familia Coímbra (*Presencia*, 15 de enero de 1975), registra los datos generales de la obra en el momento de su publicación. La edición inicial de *Siringa* se realizó en 1946, por cuenta del Estado boliviano, y la tirada fue de 500 ejemplares. Esta primera edición fue ilustrada por Gil Coímbra, hijo del autor, cuatro años después de su muerte. Vargas señala además que mereció el primer premio en un concurso de la Editorial Farrar y Rinehart de Nueva York, y que la edición fue realizada en Buenos Aires.

La segunda edición (1974) tuvo una tirada de 1.500 ejemplares, y fue realizada por Ediciones Puerta del Sol en la ciudad de La Paz, en una elegante edición profusamente ilustrada por Lalo Flores.

En esta nota de diario, Vargas realiza una breve relación del contenido de *Siringa* a raíz de la publicación de la segunda edición. Desde una lectura biográfica, señala que a los 19 años habría partido enganchado “de las 7 calles” de Santa Cruz, en compañía de su hermano menor, Nicolás, rumbo a “lo desconocido”, hacia la “pica” del caucho en el noroeste. Coímbra realizó la excursión junto a otros cruceños y paceños; la misma dejó en ellos “marcas de fuego” y dio pruebas de su capacidad de sacrificio, de integridad física, de salud y de vida conducida a los hitos de nuestra nacionalidad en aquellas inhóspitas tierras.

Coímbra fue –según se consigna– profesor improvisado, poeta, compositor, guitarrista, violinista, orador y político liberal de cepa, así como bohemio empedernido y pendenciero cuando llegaba la ocasión; nómade impenitente con su actividad intelectual y artística. A Coímbra se le atribuye la composición de la letra y música de varias piezas importantes de la tradición beniana. Así, hubiese escrito la letra (allá por 1914) de un hermoso vals que identifica a la región hasta la actualidad: “En las playas desiertas del Beni”, con la colaboración del profesor Víctor Manuel Rivero (música), así como “La bella itonama”, “El Chorro”, “Morenita” y, tiempo después, “La baurecita”, “Río Blanco” y “Campo Santo”. Tampoco fue indiferente al folclore de países vecinos, y podía muy bien interpretar zambas, rancheras o tangos, con el mismo gusto que lo hacía con el resto del folclore boliviano en cuecas, caluyos y bailecitos. Al respecto, el propio escritor se refiere a esta costumbre de tañir la guitarra como un crepuscular gusto, como un tiempo de “amor-enfermedad”: delectación patológica por las nostalgias, las flaquezas y los sufrimientos humanos. Evidentemente, a pesar de haberse aquerenciado en las tierras benianas, la nostalgia por su tierra natal podía alimentar el espíritu melancólico en serenatas nocturnas o rondas de guitarra al calor de una fogata al caer la noche. Pero, al mismo tiempo, su voz y su guitarra eran el centro de animación en las reuniones sociales del pueblo, como sucedía en las fiestas patronales de la región.

Todos estos aspectos de su propia vida y de la colectiva en la época van llenando poco a poco las páginas de *Siringa*. Con su relato llena un cuarto de siglo de historia y costumbres, convirtiendo a su obra en un documento de referencia y consulta que permite varias formas de lectura.

Su presencia en la región, además, contribuyó a desarrollar la cultura gracias a que varias “imprentas” (a saber, editoriales) se instalaron

sucesivamente en Riberalta, Villa Bella, Baures, Magdalena y Trinidad, importadas gracias a sugerencia de Juan B. Coímbra, quien influía sobre los patrones y hacendados de la época. Estas editoriales se convirtieron en focos de cultura en los lindes mismos de la selva, en una escala no siempre comparable con la que se desarrollaba en la misma época en otras ciudades capitales, bastante menos activas en este sentido. Llegó a desarrollar actividades de tipógrafo, armador, prensista y escritor a la vez, habilidades que perfeccionó de forma autodidacta. *El Eco del Beni*, *El Porvenir* y *El Marconi* fueron algunas de las casas editoras que contaron con su participación. Desde allí, y sin salir de esa selva intensa a la que amara tanto, formó a su vez a otros hombres de letras y artistas.

Coímbra fue padre de 11 hijos, seis varones y cinco mujeres. Tres de ellos convocan, en la nota de prensa “Los Coímbra y su aporte a la cultura y el arte” (*Presencia*, 15 de enero de 1975), la atención de Germán Vargas: sus hijos Gerardo, Gil y Jorge, a los que dedica comentarios halagüeños. Además de que una de las mujeres, Rogelia, transcribió gran parte de *Siringa*, fue Gil Coímbra el que organizó y realizó los ajustes que consideró necesarios para organizar la estructura de los capítulos. Realizó algunas copias y las llevó a la ciudad de La Paz, para ponerlas en consideración de lectores autorizados de la época. De allí en más, todo fue recibir elogios, hasta su primera edición y las sucesivas.

El estudio de Emma Villazón sobre la obra de Juan Coímbra, publicado con la edición del Ministerio de Culturas y Turismo en 2013, es sin duda el más importante de tipo interpretativo realizado en los últimos años. En este comentario, la autora se refiere al proceso de lectura como a uno análogo al realizado en la obra misma: Coímbra y los personajes del relato van tras la colonización de un territorio, y Villazón se define como una colonizadora/expedicionaria del sentido en la obra del cronista.

SIRINGA Y ARREANDO DESDE MOJOS DESDE LA PERSPECTIVA DEL GÉNERO LITERARIO

Con su insistencia en el pensamiento racional y la observación empírica, la Ilustración generó un gran interés por las ciencias exactas y naturales. América resultaba, pese a los dos largos siglos transcurridos desde el “descubrimiento”, un continente desconocido, envuelto todavía en creencias, teorías e interpretaciones que el nuevo siglo consideraba ya superadas. Era el momento de observar, analizar y clasificar. Este interés tomó la forma práctica de expediciones y viajes científicos organizados por personalidades, entidades o países extranjeros que quisieron recorrer

el continente y comprobar *in situ* los detalles y las notas distintivas de su realidad física.

Indudablemente uno de los antecedentes más importantes en este sentido para la historia de los viajeros bolivianos, particularmente del oriente del país, fue la presencia del barón Alexander von Humboldt, quien a lo largo de cinco años, a partir de 1799, recorrió los trópicos y otras zonas del continente, y dio a conocer sus hallazgos y su asombro ante el paisaje americano en *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau monde* (1814). Además de los hallazgos realizados por el investigador y viajero, sus consecuencias fueron grandes para el rumbo que la literatura y la cultura continentales tomarían poco más adelante; pusieron de relieve, a veces con auténtica emoción, la grandiosidad y variedad de la naturaleza americana –algo que los neoclásicos y prerrománticos aprovecharían copiosamente– y subrayaron la identidad del continente como una realidad singular y esencialmente distinta de la europea. Esto último sería un fermento que empezaría a crecer en el espíritu literario americano en las primeras décadas del siglo xx.

La exploración ha constituido una de las vetas de la literatura boliviana en su historia como tal. Indagar en la subjetividad del hombre boliviano, en su relación con la naturaleza, con sus pares, con su historia y su devenir, han sido a menudo parte de las búsquedas realizadas por la literatura bajo la forma de ficción; pero, en este caso, bajo una forma más próxima a la historia y a la crónica épica del siglo vx. Ambas obras estudiadas, *Siringa* y *Arreando desde Mojos*, se aproximan a la literatura de viajes. Como que es innegable que sus autores fueron viajeros y exploradores en el sentido estricto de la palabra, en consecuencia la escritura se resuelve, bajo cierta perspectiva, de manera natural.

La pregunta de qué es un género literario y a qué género corresponden estas obras ha rondado lo comentado hasta ahora. Podría responderse diciendo que es una clasificación de las obras literarias que tienen una serie de aspectos comunes en su forma textual que las diferencia de otras pertenecientes a géneros distintos. Estas normas clasificatorias no son ni eternas ni inmutables, sino que deben permitir la flexibilidad, parafraseando a García Berrio (1992: 34 y 35). Ahora bien, las reglas de género procedentes de la primitiva clasificación expresiva no siempre deben ni pueden alcanzar, lógicamente, la realidad de las cosas. La decisión de género determina una opción inicial que no fija la entidad lingüística del texto como tal. Las reglas de género se confunden, pues, a menudo con las reglas performativas del texto mismo, como sucede sobre todo en la obra de Rodolfo Pinto Parada.

Esto es posible porque en principio la normativa de género le deja espacio a la intención comunicativa del texto mismo (por no decir ahora del autor). En segundo lugar, porque las reglas expresivas de cada género –incluso también las menos delimitadas condiciones simbólico-referenciales– admiten no solo la composición de las obras por yuxtaposiciones sucesivas, sino otras muchas posibilidades de hibridación y de contaminación posibles. Tal es el caso de estas dos obras comentadas. Estas consideraciones nos permiten entender –y resolver de algún modo– el problema de la clasificación de *Siringa* y *Arreando desde Mojos* como obras narrativas, cuando no absolutamente obras consideradas dentro de la variante “literatura de viajes”, pues son producto de ellos.

Las diferencias existentes entre los libros de viajes con respecto a los de cualquier otro género convierten a este tipo de literatura en una modalidad bien diferenciada. Dichos libros fueron escritos con la intención de dar a conocer nuevos territorios y culturas a través de la descripción, real o imaginada, de las vivencias de un viajero en tierras extrañas. Esta característica basta por sí sola para reflejar el hecho de que este género no tenga comparación con ninguna otra obra narrativa. Cualquier otra modalidad novelística no ofrece las cualidades descriptivas de gentes y paisajes que nos ofrece la literatura de viajes. En este sentido, no cabe duda acerca de cuáles fueron las intenciones de los autores, respondiendo además a lo que probablemente era una necesidad nacional: la de construir, en el registro escrito, los sucesos descritos en cada una de ellas.

Si continuáramos analizando otras características de estas obras –como la intención del autor, el tratamiento del tema, la exposición del argumento, la construcción de las imágenes– no haríamos sino reforzar la tesis de la literatura de viajes como género diferenciado.

ARREANDO DESDE MOJOS: EXAMEN SOCIOLÓGICO, IMAGINACIÓN ROMÁNTICA Y REALIDAD BRUTAL

Nombrada por el mismo autor como novela histórica, la obra retrata con perspectiva microscópica un importante período de la historia del Beni, departamento del noroeste boliviano, a partir de momentos trascendentales en su desarrollo socioeconómico, los cuales significaron su inicial y progresiva vertebración con el resto del país.

Rodolfo Pinto Parada elige situarnos en la realidad rural beniana, mencionando en su epígrafe un detalle muy simbólico: la cita de Valeriano Ordóñez de 1682 ilustra la llegada del primer contingente de ganado vacuno a esas tierras, guiada por el R.P. Cipriano Barace, quien fuera además

el fundador de Trinidad de Mojos, luego capital del departamento, ganado que provenía de Santa Cruz (pág. 201). La elección de esta información, así como la de la siguiente, que ubica geográficamente al lector en las latitudes en que se encuentra esta población, manifiesta la intención del relato que posteriormente se realiza: narrar la arriesgada y compleja apertura de un camino medianamente transitable que permita la conexión entre regiones incomunicadas (Trinidad, Reyes, San Borja, etc.) en el mismo departamento y con la sede de gobierno del país, La Paz.

Esta cita inicial anticipa el grado de dificultades que sobrevendrán en todos los episodios en los que se describen los reiterados intentos por abrir los senderos del desarrollo, a medida que se narra el apogeo y la declinación de la riqueza de una familia típica de la región. Así como de 200 cabezas (de ganado) solo llegaron a destino 86, tras 500 kilómetros de recorrido a pie por los más dificultosos senderos, y abriendo brecha en realidad, así esta historia vivida por Barace en los inicios de la colonización de la región se repetirá una y otra vez en los primeros 50 años del siglo xx.

Arreando desde Mojos, en tanto relato histórico, desarrolla ejes temáticos que se entrelazan: un programa ideológico asentado en la antítesis civilización/barbarie, muy aceptada en la época y en casi todo el sur del continente; una biografía familiar prototípica, que organiza el hilo narrativo del relato y opera como un soporte próximo al género novela; un estudio personal del proceso histórico de Bolivia centrado en esa región del país.

Dichos temas se organizan además a partir de la perspectiva de oposición campo/ciudad y de la sociedad engendrada por esa oposición dicotómica. El paisaje, en consecuencia, aunque siempre cambiante pues es el que acompaña a este “arreo” colonizador, es como el teatro en el que se va a representar la escena.

La vida de la familia de Alfredo Añez –desde la construcción de una pequeña fortuna a partir del trabajo sacrificado y prolongado hasta su casi previsible desaparición una generación después– sostiene argumentativamente un relato que, alternando registros e incluso géneros, se muestra como un fresco histórico de la primera mitad (y un poco más) de este difícil y tortuoso camino que fue, justamente, el proceso de abrir el sendero del progreso, aproximando Mojos a la sede de gobierno y al resto de la nación, y llevando hacia Beni lo necesario para efectivizar el ansiado progreso.

Si bien no podemos afirmar categóricamente que esta sea una novela histórica, aunque así la ha llamado su autor, es innegable que varios de los elementos de esta clasificación de género se encuentran presentes.

El lenguaje de la región, el lenguaje del oriente boliviano, aparece de manera palpable en todo el relato, ilustrando con ello parte de la identidad de los habitantes que a su vez se constituirán en eventuales personajes. Casticismos y regionalismos salpicados en cada capítulo desafían la lectura, a partir de términos que hoy han caído en desuso o son de conocimiento de un segmento de hablantes muy reducido.

Sin llegar a tener la estructura de novela de folletín, es cierto que cada episodio es relativamente autónomo, e incluso algunos podrían haber constituido un apartado documental: nos referimos justamente a los documentos (informes, decretos, artículos de leyes, ordenanzas, comunicados, discursos de autoridades, etc.) que el autor incluye para garantizar la veracidad de lo que se narra, así como para confirmar su condición de relato realista: es documento y testimonio de un proceso histórico –y simbólico– de construcción de una entidad regional: el departamento de Beni, más familiarmente llamado Mojos. Podemos entonces considerarla novela histórica, por el hecho de apoyarse de hecho en abundante cantidad de documentos administrativos oficiales, pero sobre todo por la vocación historicista del autor, consigna que trasluce la mirada ideológica que mencionamos.

Por otro lado, además del rescate del lenguaje típico regional, del pintoresquismo del lenguaje e incluso de las escenas, el espíritu idealista del autor se manifiesta en la perspectiva defensora del progreso de la región y en el tenue pero constante reclamo dirigido al gobierno central que, a través de la voz del narrador, se va desarrollando, junto a la exhaustiva incorporación de textos “testigos” de los distintos momentos que recorre la trama ficcional.

En tanto obra costumbrista, *Arreando desde Mojos* es heredera –como muchas otras obras del período– de los cuadros de costumbres. La búsqueda del color local, la escena popular y pintoresca, es apropiada para mostrar las condiciones de vida cotidiana de pobladores, hacendados y peones, pero también de las poblaciones indígenas de las distintas regiones ya habitadas de Beni, todas relacionadas de una u otra manera con esta actividad central: la ganadería, las labores de faeneo, transporte y comercialización de las reses entre el departamento beniano y las capitales del país.

Desde la década de los años treinta hasta bien entrados los setenta, en un relato dividido en tres partes, el autor recorre la región pero también la historia del departamento. Así, relata la participación de algunos personajes en la Guerra del Chaco, la partida de gran cantidad de jóvenes a esta contienda que implicó inevitablemente la desatención de las propias

tierras y del ganado, el paso de distintos gobiernos electos y de facto, y su consecuencia, positiva o no, en la economía de la región.

La central es la historia de Alfredo Añez y su joven familia, en medio de los avatares que implicarían esas décadas, por hacerse de una “propiedad” –como habitualmente se dice en el ámbito rural– y mantenerla. Los hechos narrados en esta singular novela son también testimonio de la urgencia de integración que existía en la época, y que aún hoy es motivo de dificultad para el desarrollo integral de la región.

EL CUADRO DE COSTUMBRE EN *ARREANDO DESDE MOJOS*

La novela apela al recurso del cuadro de costumbres como forma de ilustrar los usos de la época y las formas de vida habituales del campo, tal como sucede desde el inicio de la primera parte, cuando se grafica las formas de ganar herramientas de trabajo a través de las apuestas. Un “ensillao” (montura y otros elementos necesarios para montar un caballo) propio de la región se gana con trabajo o con apuesta. En la “riña de gallos”, descrita precisamente en uno de esos primeros “cuadros”, conocemos un tradicional hábito de la región que, además de ser una forma de diversión u ocio, camufla la habilidad para el juego y la apuesta, maneras no legítimas de obtener dinero.

El ganado se compra pero también se consigue cuando, tras haber sido marcado, eventualmente y por diversos factores se vuelve otra vez montaraz, y entonces los peones de una hacienda se darán a la tarea de recuperar aquellos animales que deambulan sin dios ni ley. El final de la jornada, esa primera jornada que el narrador presenta, es motivo para contar anécdotas de toda índole: “Después de escuchar al mayordomo, cada uno relata anécdotas de esa vida sencilla que se lleva en el campo donde todo lo que ocurre se considera natural, inclusive si alguien mata a otro no lo hace por deficiencias mentales sino porque de alguna manera se sintió ofendido. Ningún hombre vive tranquilo si no sabe defender su honor” (pág. 204).

En esencia, uno y otro cuadro retratan en esta primera parte lo que fundamentalmente estos hombres han tenido que hacer de modo cotidiano: domesticar a la naturaleza, indispensable para su propia sobrevivencia. Así como se doma un caballo o un toro salvaje:

Un estampido retumba en la inmensidad de la pampa y la presión de los lazos afloja lentamente. Las patas delanteras del cuadrúpedo se van doblando y los mil músculos del grueso cuello sueltan la tensión permitiendo que la cabeza,

erguida un minuto antes, empiece a bajar hasta caer junto con la mole de trescientos kilos de carne ruidosamente al suelo (pág. 206).

Así, se domestica diariamente cada uno de los salvajes obstáculos que la región le impone al hombre. El cuadro de costumbre permite adentrarnos en las costumbres más características de estos tiempos y los modos de vida de la peonada. Pero a través de ello, en una lectura más simbólica, nos permite interpretar el modo de apropiarse de la realidad, de marcarla, como cuando se marca al ganado:

Para calentar la marca en todas las estancias se usa como leña la *tacuara*, porque produce mayor temperatura y calienta más rápido el fierro.

Los otros muchachos no pierden el tiempo y cada uno va maneando una vaquilla para tumbarla después doblándole el cuello y, con la rodilla sobre el pescozo de la res, inmovilizarla hasta que se le coloque el fierro caliente.

—¿Ya está caliente la marca? —pregunta a gritos el capataz.

—¡Ya la llevo! —contesta Juanito mientras corre con el fierro al rojo vivo y se lo alcanza al mayordomo.

El olor a pelo quemado se siente en el ambiente mientras un humo denso brota del anca de la vaquilla que no puede contener el dolor de la quemadura y lanza un berrido lastimero. El mayordomo pasa su mano sobre el cuero quemado para ver si la marca ha quedado bien grabada. Parece que el trabajo no es de su agrado porque nuevamente le coloca el fierro caliente en el mismo sitio tratando de superponerlo al anterior, sin hacer caso al grito angustioso del animal al ser torturado en esa forma.

Ya más tranquilo por la operación exclama sonriente:

—Hay que calentar más el fierro, Juanito, pa' que la marca quede bien visible y sea difícil que los abigeatistas traten de cambiar la figura (págs. 210 y 211).

Así, mientras se describe esta tradicional cuanto violenta manera de proporcionar una identidad y seña de pertenencia al ganado, se alude también a otra práctica tan habitual como inevitable, que es el robo de ganado: el abigeato.

Entre otros temas que se vinculan con la vida de los personajes de este relato, aparece de manera diferenciada la necesidad de las comunidades indígenas de alejarse de los *carayanas* (blancos o mestizos). Desde la perspectiva del relato, la presencia de un indígena con gran ascendencia en la población nativa —trabajadora a la sazón— es percibida como una “maldición” (pág. 392). Así, el indígena guarayo José Vaca Iva aparece con la misión, encomendada por el Santo San Miguel, de llevarse a los indígenas que en ese momento se encuentran en San Ignacio para trasladarlos monte

adentro, en búsqueda de la Loma Santa: un lugar ideal, seguro, provisto de todo lo necesario para vivir, y que goza de protección divina.

Al punto, el autor no duda en ilustrarnos históricamente al respecto. Ya en 1887, habría comenzado una peregrinación indígena tras el fracaso de un levantamiento dirigido por el cacique Andrés Guayocho, que se conoció justamente como “la guayochería”.

VISIÓN DE PAÍS. LA VERTEBRACIÓN DE BOLIVIA

Desde la relación de aquella primera escena de cuanto constituye una práctica cotidiana, Pinto Parada alternará (al cabo del primer capítulo), una primera referencia documental, tomada del informe del Dr. Damián Z. Rejas, exministro de Fomento y Comunicaciones de Bolivia en 1896: la petición que este habría hecho, a partir de su nombramiento, de que se arreglen los caminos de todo el departamento, así como sus gestiones por conseguir subvenciones para trabajar por las autoridades del Beni. “En Agosto, Septiembre y Octubre de ese mismo año [1896] siguieron llegando partidas de ganado y al mismo tiempo se llevaban toda clase de mercaderías de Cochabamba en recuas de mulas a San Borja, Rurrenabaque, Santa Ana, Riberalta, etc., estableciéndose un comercio activo entre ambos departamentos” (pág. 208).

De la misma forma que a Pinto Parada le interesa mostrar cómo las autoridades electas se preocupan por favorecer todo lo concerniente a la apertura y el mantenimiento de caminos, deberá señalar cómo los avatares de la política, inestable en esos años, afectan la constancia de estas gestiones. Son los años de la Revolución Federal, a lo cual le atribuye el abandono de los recientes caminos, hasta su cierre temporal “porque es sabido que en regiones boscosas, los caminos desaparecen en menos de un año si no se los repara continuamente...” (*idem*). Al vigor con que se ha narrado el proceso de marcado de animales, le sucede el desaliento ante la noticia de este dato, el cierre de caminos y el cierre de las comunicaciones.

En el resto de la obra, también se llegan a incluir noticias que, a juicio del autor, son la mejor prueba de la trascendencia que están tomando los pasos en el desarrollo de la región. Una de ellas, importante por cierto, ya en el contexto del proceso que se inicia con la Revolución del 52, es la del inicio de la construcción de un tramo caminero:

La Nación, 15 de mayo de 1955

Ayer, el Ministro de OO.PP., Sr. Ángel Gómez García, hizo estallar una carga de dinamita como inicio simbólico de los trabajos del Camino San Pedro

- Caranavi. La ceremonia se realizó a 2 km del campamento San Pedro. Después hubo una recepción de honor a los visitantes por parte de la empresa Bartos [...]. Con esta obra se abre, por fin, la soñada ruta hacia las llanuras mojeñas (pág. 377).

La vertebración caminera había sido una larga y tediosa tarea tanto de peticiones como de paciente espera ante la indiferencia, desinterés o desconocimiento de su importancia por parte de las autoridades del gobierno central a lo largo de varias décadas.

El proyecto de vida más natural de la región consiste, por supuesto, en continuar con la crianza del ganado. De allí que surgen además diversas posibilidades de hacerlo, en caso de no tener la independencia suficiente (financiera o de otro tipo). Esto se evidencia en una charla de jóvenes que se informan entre sí sobre lo que van pergeñando para el futuro. Tras la construcción del camino, uno de ellos dice: “Yo he estado comprando ganao y se lo he dejado a mi padre pa’ que me lo críe al partido” (pág. 384). Y allí mismo se explicará que esta modalidad consiste en entregar el ganado a una persona por un lapso determinado de tiempo, para que lo cuide, al cabo del cual adquiere el derecho de quedarse con la mitad de las “crías” del nuevo ganado nacido.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- García Berrio, Antonio y Javier Huerta Calvo
1992 *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Almarcegui Elduayen, Patricia
2004 “La metamorfosis del viajero a Oriente”, en *Revista de Occidente*, Nº 280. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Gregorio Marañón.
- Aristóteles
1974 *Poética* [335 a. C.]. Ed. Trilingüe de V. García Yebra. Madrid: Gre-dos.
- Baptista Gumucio, Mariano
1974 Prólogo a la segunda edición de *Siringa*. La Paz: Litografías e Imprentas Unidas S.A.
- Barnadas, Josep M. y Juan José Coy
1977 *Realidad sociohistórica y expresión literaria en Bolivia*. Colección Estudios Críticos. Vol. 11. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Becerra Casanovas, Rogers
1996 “Así nació la Siringa” en “Lecciones para Estudiantes” (columna semanal). Santa Cruz de la Sierra. Periódico *El Deber*. 21 de enero de 1996.
- Castañón Barrientos, Carlos
1984 *De Letras y Letrados*. La Paz: Juventud.
- Fuentes, Carlos
1997 *Valiente Mundo Nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*. México: FCE.
- García Pabón, Leonardo y Wilma Torrico (comp.)
1986 *El paseo de los Sentidos. Estudios de Literatura Boliviana Contemporánea*. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura.
- Vargas Martínez, Germán
1975 “Los Coímbra y su aporte a la cultura y el arte”. Suplemento “Presencia literaria” del diario *Presencia*. La Paz, 15 de enero de 1975.
- Zeraffa, Michel
1973 *Novela y Sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.